

Edith Stein

camino de Auschwitz

M.^a Mercedes Álvarez Pérez



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2002, by M^a Mercedes Álvarez y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI, AISA, Album, Corbis-Cordon Press, TopFoto-Cordon Press

Ilustración: Farrés, il·lustració editorial

Séptima edición: septiembre de 2011

ISBN: 978-84-218-4807-4

Depósito legal: M-34.657-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzós, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1	La mimada de la casa	5
2	El regalo más deseado	9
3	Una pelea entre borrachos	13
4	Una crisis y un cambio de aires	19
5	El trébol de las cinco hojas	25
6	El tío David	31
7	Por fin, la universidad	37
8	Un descubrimiento	43
9	Presentimientos	49
10	Un amor secreto	55
11	Resolver un problema	59
12	Momentos desesperados	65
13	Tiempos de guerra	69
14	Un reto fascinante	77
15	La muerte abre una puerta	83
16	Adiós a Husserl	87
17	«¡Esto es la verdad!»	91
18	«Mamá, soy católica»	97
19	Junto a los pobres	103
20	Edith se hace famosa	107
21	Hitler en el poder	113
22	Comienza su vía crucis	117
23	La triste despedida	123
24	La vida en Colonia	127
25	Edith se viste de novia	131
26	Trabajando en su obra maestra	135

La mimada de la casa

Empiezan a sentirse los primeros fríos del otoño en la industriosa localidad de Bresláu,¹ que en tiempos de nuestra historia pertenece a Prusia, al este del Imperio alemán.

Es un singular 12 de octubre de 1891, día en que los Stein celebran una doble fiesta: la solemnidad judía de la expiación...² y el nacimiento de la más pequeña de la familia.

Todos hablan a la vez:

—¡Qué bonita es!

—Dejádmela tener en brazos...

—No, que está durmiendo.

—¿Qué nombre le vamos a poner?

—Edith. Se va a llamar Edith.

Edith Stein Courant es la menor de once hermanos, de los cuales solo viven siete. Los seis mayores —Pablo, Elsa, Arnoldo, Federica, Rosa y Ernestina— se arremolinan en torno a la cama de la madre, Augusta Courant, que mira

1. Hoy es Wrocław, en Polonia.

2. En el Yon Kippur (fiesta de la expiación o de los tabernáculos), los judíos hacen ayuno y penitencia durante veinticuatro horas. Con la Pascua, es de las más importantes celebraciones judías.

a la recién nacida y al resto de los chicos con una cansada sonrisa. Enseguida son empujados suavemente fuera del pequeño dormitorio.

La casa está llena de gente, aunque hace pocos meses que los Stein han tenido que dejar su pueblo polaco de Lublinitz, en la alta Silesia, porque el negocio maderero familiar no iba bien. En esta nueva ciudad de Bresláu había mejores oportunidades, gracias a su industria metalúrgica, favorecida por su puerto fluvial sobre el Oder.

La familia Stein es de raza y religión judía. Los judíos, que no poseían aún estado propio,³ estaban entonces diseminados entre Estados Unidos y Europa, particularmente en los países centrales del viejo continente. Son ciudadanos pacíficos e integrados, pero viven de forma separada de los demás, a causa de su religión y sus costumbres.

La sinagoga de Bresláu ha acogido a los Stein con cariño. Pero, ¡cuánto les ha costado dejar su tierra natal y a los queridos parientes! Echan de menos al abuelo, cantor y director de los rezos de la familia, y a la bisabuela —ya fallecida— que, mientras encendía las velas del candelabro ritual ante la mirada atenta de los niños, rezaba:

—Señor, no nos envíes demasiado, solo lo que podamos sobrellevar.

El padre, Siegfried Stein, conversa ahora fumando su larga pipa en el comedor, con los amigos y vecinos que han acudido a felicitarle.

3. El Estado independiente de Israel se creó sobre territorios palestinos el 14 de mayo de 1948. Su capital es Jerusalén.

La señora Stein aprieta con ternura a su pequeña. Piensa si Dios se llevará también a esta preciosa niña, porque ya ha sufrido la pérdida de cuatro de sus hijos, que murieron muy pequeños. Pero intuye que esta niña, nacida en día tan señalado, en el que el rabino ofrece un solemne sacrificio anual por los pecados del pueblo y este ayuna con severidad, va a estar especialmente unida a ella.

Pasa el tiempo, y parece que las cosas no van del todo mal en la familia. Edith se va criando muy sana entre los mimos de sus padres y de sus hermanos.

Un día caluroso de verano los niños están jugando cerca del bosque, no lejos de casa. Todo está tranquilo. Rosa entretiene a la pequeña Edith que, con casi dos años, ya corretea con bastante soltura. Elsa, la hermana mayor, está ayudando a su madre en las tareas de la casa. De pronto, llega un carro conducido por uno de los jefes de la sinagoga y entra en la casa a toda prisa.

—Augusta, vengo a comunicarte una gran calamidad: han encontrado muerto a tu marido...

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? —grita la señora Stein, que se pone lívida.

—Lo traerán al caer la tarde. No hemos podido hacer nada.

El señor Stein, que estaba fuera de la ciudad, ha muerto a causa de una fulminante insolación, mientras seleccionaba la madera de los árboles del bosque.

La muerte, para los judíos, es siempre especialmente traumática y dolorosa, pues creen que las desgracias son consecuencia del abandono de Dios, de Yahvé. Por eso hacen un largo duelo y las lamentaciones y llantos duran muchos días.

Tras los ocho días de luto prescritos por la ley, la señora Stein, que ya siempre vestirá de negro, se encuentra de pronto lejos de su ciudad natal, con siete hijos y un negocio que casi no da ingresos. A causa de su viudez y soledad, Augusta se une más a Edith, por la que siente una especial debilidad, pues se parece mucho a su difunto marido. La pequeña huérfana apenas ha conocido a su padre.

Los parientes le aconsejan que abandone esta actividad llena de deudas y que transforme su casa en una pensión. Pero ella decide mantener el negocio e ir introduciendo a los chicos varones en diversas tareas del oficio. Alquila un local junto a la pequeña vivienda para ubicar el almacén de maderas.

En los años de finales del XIX, la industria naval alemana está en alza, propiciada por la política imperialista del *Káiser* Guillermo II, que fomenta el comercio exterior y político. Todo ello acaba favoreciendo el negocio madere-ro familiar.

El regalo más deseado



Edith va siendo educada por su madre con mucho cariño, pero con firmeza. Pasan los años y va destacando en la niña un fuerte carácter, que contrasta con sus rasgos dulces y agradables: grandes ojos grises y vivaces, piel muy blanca y cabello liso y castaño. Tiene un simpático hoyuelo en la barbilla. Es muy delgada, con cierta tendencia a pillar resfriados durante los crudos inviernos prusianos.

Con solo tres o cuatro años, su madre debe reñirla con cierta frecuencia, a lo que la niña responde con terribles rabietas y cabezonadas. Augusta pasa poco tiempo en casa por el exceso de trabajo y Elsa, la mayor, que tiene unos diecinueve años, hace un poco de madre de Edith y Erna, las dos pequeñas, que, como solo se llevan quince meses, se han hecho inseparables. Erna secunda todas las ocurrencias de su hermanita.

Un día, el de la *preparación* de la Pascua, previo a la gran fiesta anual, el *Sabbat* más importante del año judío, Edith propone:

—Vamos a ver qué hay preparado en la despensa para la fiesta.

—Mamá nos tiene prohibido entrar...

—¡Venga, que no se va a enterar!

Se cuelan en la pequeña habitación adyacente a la amplia cocina, la fresquera, donde almacenan los alimentos y las hortalizas y frutas. Pero Elsa las sorprende probando algunos dulces recién horneados por ella misma.

Las niñas son castigadas. Su hermana las encierra en una habitación oscura hasta el momento de la cena familiar. Erna llora sentada en un rincón, pero Edith golpea con sus puños la puerta hasta que esta casi se viene abajo y acaba con los nervios de todos.

En otra ocasión, a principios del verano, los hermanos mayores van a reunirse en el campo con otros chicos y chicas del barrio, pero a Edith no le permiten ir porque aún es muy pequeña. Disfruta mucho estando con los mayores y entrometiéndose en las conversaciones. Ha estado todo el día tratando de convencer a sus hermanos para que «cuiden» de ella, con argumentos de todo tipo. Cuando ve que no puede conseguir nada, se deshace en lágrimas y en lamentos bastante ruidosos. Todos están hartos de sus rabietas y terminan por llevársela con ellos con tal de no oírla.

Es muy curiosa y todo lo pregunta. Le encanta pasear por la zona antigua de Bresláu, corretear por su gran plaza cuadrada, contemplar el puerto fluvial, y que le expliquen el porqué de un monumento, de una placa conmemorativa o de las obras de expansión de la ciudad. Un día dice a su hermana Elsa, que ha estudiado para maestra:

—Enséñame a leer, por favor. Así leeré las cosas yo sola, y no os molestaré tanto...

—Pero si irás muy pronto a la escuela...

—¡Pero no quiero esperar...! Anda, enséñame tú y me portaré bien.

Con su despierta inteligencia y su afán por saber, Edith aprende enseguida. Su memoria retiene poesías muy largas, que lee ya sin dificultad en los libros de sus hermanos. Y no le importa nada recitar algunas a los vecinos que visitan a su madre. Al revés: le complace mucho recibir halagos por su talento.

Erna ha comenzado ya la escuela, pero Edith aún no puede asistir. De nuevo sus gritos desesperan a la familia. La inscriben entonces en la guardería, pero ella se niega en redondo a ir con los párvulos. Cada mañana es una pesadilla arrastrarla a un lugar que, según ella, «es para bebés». A veces tienen que convencerla con chucherías para que se conforme, como el gran cucurucho de deliciosas ciruelas que le compró un día una tía suya.

Se acerca su sexto cumpleaños. Suele recibir bonitos regalos de sus vecinos y de su familia, pero esta vez anda un poco cabizbaja y nadie sabe qué le pasa.

—Edith, ¿no estás contenta? Dentro de una semana es tu cumpleaños —le dice su madre.

—Es que no sé si me vais a regalar lo que quiero.

—Dínoslo y veremos.

—Pues... lo que más deseo es ir a la escuela grande.

—Pero Edith —dice su madre—, ¿no sabes que eres pequeña aún? ¡Es imposible!

—Entonces —replica la niña enfurruñada—, no quiero que me hagáis otros regalos, porque nada me haría tanta ilusión.

Quedan un par de días, y ella sigue insistiendo en ir a la escuela, rehusando regalos. Cuando le preguntan qué es lo que desea, comenta siempre con firmeza:

—¡Lo único que quiero es ir a la escuela de mayores!

Su hermana Elsa es maestra de la Escuela Vitoria, un centro educativo estatal protestante, y por fin consigue que admitan a su hermanita, a pesar de que el curso está empezado y no tiene la edad reglamentaria.

Cuando se lo comunican, la alegría de Edith es inmensa.

La Escuela Victoria es un antiguo palacete que domina la plaza principal de Bresláu. Cada vez que pasa con su madre por la plaza, mira intensamente el edificio gótico, imaginándose el interior lleno del alegre bullicio de las alumnas, los pupitres, los libros, los encerados... Le gusta también sonsacar a su hermana, cuando llega a casa, detalles y anécdotas ocurridas ese día en la escuela.

Por eso, el primer día de clase es para Edith como un día de fiesta. Además, el severo director de la escuela, a quien le ha hecho gracia el tesón de Edith, le regala una cajita de pastillas de chocolate.

En poco tiempo se pone a la altura, y aún supera, a sus compañeros.

—¿Qué tal en la escuela? —le preguntan con frecuencia sus hermanos mayores.

—Estoy muy, muy contenta —responde—. Allí me toman en serio. ¡No como vosotros, que pensáis que sigo siendo pequeña!

Sus hermanos, para meterse con ella, la llaman la «lista Edith». Y a ella le da mucha rabia.

Una pelea entre borrachos

Edith es muy sensible hacia todo lo desagradable. No consiente que se maltrate a nadie, ni al más pequeño animal.

Un suceso que le ocurre la marca profundamente en esos años e incluso para toda su vida.

Un día regresa de la escuela y en una de las calles se topa de repente con una pelea entre borrachos, en la que oye blasfemias y palabras soeces. Muchos que pasan por allí se ríen de ellos. Han sacado unos cuchillos y ve cómo corre la sangre. Edith se apresura hacia su casa por otro camino en medio de un gran nerviosismo. Llega con un ataque de fiebre y se tiene que acostar.

No cuenta apenas el suceso ni su conmoción y esa noche no puede dormir. En el silencio y la oscuridad de su cuarto, pondera las consecuencias del hecho: aquellos hombres eran como bestias, habían perdido su dignidad humana. ¡Qué importante era dominarse, no dejarse llevar por la ira, sujetar a voluntad los propios sentimientos e instintos! Aquella noche decide conseguir el autodomínio como expresión de libertad, ser dueña de sí misma. Le resultaría difícil, pero lo haría. También se hace el propósito de no probar nunca una gota de alcohol.

En otra ocasión la llevan al teatro. La obra es *María Estuardo*, de Schiller. La historia de la desgraciada reina católica escocesa, a quien Isabel I de Inglaterra cortó la cabeza, conmociona tanto a Edith que le da fiebre alta en el mismo teatro y tienen que llevársela a casa, delirando.

Los accesos de fiebre le dan con frecuencia cuando ve algo desagradable. Es como una autodefensa hacia lo que no comprende, pero a medida que se hace mayor van desapareciendo.

Edith tiene ya siete años y desde que asiste al colegio parece que su personalidad se va asentando. Ya no es tan caprichosa y testaruda como antes. Se vuelve más callada, más soñadora, medita mucho las cosas que le ocurren, lo que oye a los mayores. Como ella dice en sus memorias, se construye un «mundo oculto».

La madre, después de la agotadora jornada de trabajo en el almacén de maderas, sube a la habitación de Edith todas las noches y rezan juntas las oraciones de acción de gracias por los beneficios recibidos durante el día. A veces, Edith aprovecha esos momentos para hacerle preguntas. Pero en ellas no hay nada de piedad o devoción religiosa, sino solo curiosidad:

—Mamá, ¿de dónde venimos los judíos?

—Somos el pueblo escogido por Dios desde la creación del mundo. De nuestro pueblo surgirá el Mesías, el Salvador.

—Pero, ¿quién es Yahvé?

—Yahvé es Dios. Él hizo un pacto con nuestro padre Abraham y dio a Moisés las leyes por las que se debía regir nuestro pueblo. Ése es nuestro tesoro.

—¿Y cuándo vendrá el Mesías?

—No lo sé, Edith. Los cristianos dicen que ya ha venido, que era Jesús de Nazaret, un profeta poderoso que murió crucificado por los romanos en la ciudad santa. Pero estas cosas solo las saben los sabios... Nosotros debemos creer y esperar en la promesa de Yahvé.

Augusta quiere que Edith se dé por satisfecha, pero estas respuestas no la convencen. La señora Stein, judía muy devota, trata de inculcar a sus hijos la fe judaica. Como Edith es la más pequeña de la casa, durante algunos años le toca, en la fiesta de los Ázimos, preguntar al mayor de la familia el porqué de aquellas tradiciones. Y así se expone cada año la historia de Moisés, la liberación de Egipto y la Pascua judía narrada en el libro del Éxodo.

Toda la familia va a la sinagoga los sábados y recitan juntos las oraciones familiares, dirigidas por Pablo, el hermano mayor. Conocen desde pequeños la *Torá*, la Ley y la Tradición judías, y el *Talmud*, las enseñanzas rabínicas. Augusta Stein educa a sus hijos con firmeza y cariño a la vez.

La fuerza de voluntad y la intuición para los negocios de la señora Stein hace que estos prosperen. En esos años últimos del siglo XIX, tienen una vida más desahogada económicamente, aunque no abandonan nunca la austeridad que siempre marcó su hogar.

El almacén de maderas, junto a la casa, es un sitio «mágico» para los niños. ¡Qué bien huele allí a madera y a resina! Suelen jugar entre los troncos y las carretas de tablo-nes apilados. A veces tienen que acudir a alguno de los obreros para que les saque las astillas que se les clavan en las rodillas o en los dedos...

Edith recuerda también de estos años que su madre llegaba a casa, durante los fríos inviernos, con las manos calientes. Y a la niña le parecía que las manos de su madre irradiaban todo el calor del amor.

Los familiares de los Stein eran muy numerosos y como buenos judíos se veían con mucha frecuencia en las fiestas religiosas y familiares.

En una de estas fiestas, con motivo del ochenta cumpleaños de una tía abuela, Erna y Edith tienen que bailar, vestidas de época, con otras primas de su edad y sus hermanos, bajo las órdenes de una profesora de baile francesa. Las parejas se forman: Erna y Edith bailan juntas. Erna, que es muy alta, hace de hombre.

—¡Mirad lo bien que lo hace Edith!

—¡Qué elegancia de movimientos, qué soltura!

—Pero, ¿es posible que nunca haya dado clases de baile?

Con estas exclamaciones todos admiran a Edith, que lo hace realmente bien. Tanto que se convierte en la estrella de la velada. La profesora la toma aparte y le dice:

—Si quieres, hablo con tu madre para enseñarte a ti sola, con una clase privada, porque puedes convertirte en una famosa artista. ¡Tienes mucho talento!

—¿Usted cree —contesta como si se tratara de una broma— que me gustaría dedicarme al baile? No, no, a mí lo que me gusta es estudiar.

A esa corta edad ya tiene muy claro lo que quiere. A pesar de todo, le encanta ser el centro de la fiesta y que todo el mundo la alabe. Su tía abuela le regala dulces. Pero esa noche, sus hermanos le regañan:

—Te has portado como una presumida...

—¡Vaya miraditas tan lánguidas y coquetonas echabas aquí y allá! ¿Querías engatusar a tu *caballero*?

Y se burlan de ella. Edith se enfurece:

—¡Es ridículo! Si mi *caballero* era Erna...

Edith ha bailado lo mejor que sabía, sin afán de convertirse en protagonista. Se va a su cuarto sin dirigirles la palabra. Sueña a menudo que el futuro le tiene reservadas una gran felicidad y gloria. Sí, está destinada a algo grande.

En apenas seis meses desde que empezó en la escuela se ha situado entre las primeras de la clase. Pero no es una chica pedante. Simplemente, le encanta aprender. Sigue las clases de sus profesores con sumo interés, sobre todo la historia y literatura alemanas, que es lo que más le gusta. A veces, se acerca hasta las salas donde se reúnen los profesores. Le gustaría saber lo que hablan también allí.

Con sus compañeras es servicial y alegre: les explica algo de las lecciones si no las han entendido bien. Ya desde esos años sabe que la bondad es mejor que la sabiduría...